

Detras de sí, pues no á lograrle vienen  
En ella, que perece y se disipa.  
¿Quién, según esto, estúpido ó pegado  
A su ruda materia, si lo nota,  
A la sustancia en que reside puede (1)  
Negar ya lo inmortal? Mas allá pasa  
De la vida su fin; que exista es fuerza  
Mas allá de la vida. Y pues existe,  
Incapaz es de destrucción, sustancia  
Sin partes separables (2); una, en suma,  
Sin dimension que divisible la haga.  
Pero ¿cuál es su fin? ¿Cuál el objeto  
Por quien ejerce sus funciones propias  
Tu sustancia inmortal? (3). Oyeme atento.  
Si sus funciones de inmortal principio  
Proceden, lo es el fin. Si tu sustancia  
Es creada, increado eternamente  
El fin fuerza es que sea (4); de otro modo,  
Sustancias á su fin anticipadas  
Existieran tal vez. Si la materia  
No da la esencia á tu principio (5), en ella  
No la del fin consiste: fuera entonces  
Superior á él el hombre. No creado,  
Eterno (6) entre los entes; él de todos  
Sería el criador omnipotente,  
Pues del todo depende, como causa (7)  
Del existir de todo. Si se nombra  
Dios aquella instancia indefinible (8)  
A quien aquellas cualidades cuadran,  
Dios es el fin de la que en tí reside.—  
¿Sueño suave! ¿suspension benigna  
Del trabajo mortal! Tú, que el descanso  
Turbas también, y con quimeras vanas  
Haces al hombre en su quietud inquieto;  
Si á tanto llega tu virtud, que envuelta  
En el letargo de tu tarda vida,  
Sábida discurre la razón, y entiendo  
Verdades al desvelo inaccesibles,  
¡Oh! toca, toca con tus blandas alas  
Mis párpados sin tasa, y en mis miembros  
Derrama siempre la pereza grata  
Que de sí á los mortales enajena.

## DISCURSO V.

Perversas inclinaciones de la razón. Sistema del hombre, y leyes que debe observar según los designios de la Providencia, que atiende á los remedios de las necesidades humanas.

Vive el mortal de la apariencia vana (9),  
Batilo, y con la insana  
Locura que le incita,  
Por hacerse mayor, su sér limita.  
¿Qué hallarás en el hombre,  
Si hombre se llama el racional? El nombre.  
No ya la esencia humana  
Consiste en la razón: el ejercicio,  
O canoniza el vicio,  
O desatadamente  
La vil inclinación que nos gobierna  
En el alma le influye,  
Que ciega y torpe, de su esencia huye.  
La razón eminente,  
El dón más grande de la ciencia eterna,  
Dirás que le fué dado  
Al mísero mortal para que sea  
Docto en fraguar maldades,  
¿Y su razón voca (10)

(1) Luego la sustancia en que reside mi entendimiento ó racionalidad es inmortal.

(2) É inmaterial; porque, si no, no podría pasar más allá de la vida.

(3) ¿Cuál es, pues, su fin?

(4) Es preciso que sea increado; porque, de no, habría sustancias anticipadas á su fin.

(5) Si la sustancia racional es inmaterial, su fin debe serlo.

(6) Eterno.

(7) Causa única.

(8) Dios, en suma, es el fin de la sustancia intelectual.

(9) El hombre, por querer mejorarse, se ha pervertido.

(10) La razón, en vez de contener los delitos, los aviva. Los filósofos que se fían de lo que dicta una tal razón son bien ridículos.

Satisfecho el filósofo insolente,  
Vendiendo por verdades  
Decretos que deriva  
De una potencia que el delito aviva;  
De tronco lastimado,  
O por injuria de estación maligna,  
O por golpe severo  
De cortador acero,  
La mustia rama, ¿cuándo  
Produjo fruto en el otoño blando  
De sazonado gusto,  
Grato á la vista, en lo interior robusto?  
Festivo serpeando  
El risueño arroyuelo,  
Gozo del prado en desatado hielo,  
Retrata cristalino  
Las flores que deleitan su camino,  
Si debe á puro suelo  
Su primero nacer; si boca oscura  
De adulterada tierra  
Cuna le presta, en lastimero pasc  
Confuso se apresura,  
Y con líquido lodo que arrebató,  
Más que halaga los prados, los maltrata.  
¡Oh perdurable guerra  
Del caduco mortal mientras el vaso  
Que su espíritu ciñe le limita!  
Sus obras facilita  
La pasión, que al engaño le dirige.  
¿Cuándo austera corrige  
Sus yerros la razón? (11). Se precipita  
Fácil al mal, que tanto le complace,  
Que aún le juzga virtud cuando le hace.  
Guerrera trompa en lo interior resuena  
Del sacro Capitolio:  
Túrbase el pueblo: la ambición, vertiendo  
Su ponzoña mortífera, condena  
Al llanto la ciudad; desde su sáculo  
Instiga á César, á Pompeyo inflama;  
Su discordia derrama  
En pechos rudos, que á morir se arrojan,  
Sin saber por qué mueren ó se enojan.  
Miseros, ¿qué emprendéis? El fuego horrendo  
Que hará á la patria en trágicas pavesas  
Desperdicio liviano  
De hidrópica ambición, ¿tanto os adula,  
Que héroe aclamáis al que con fiero mano  
Le alimenta y os hierre; al que á la gula  
Y ánsia de dominar justos suspiros  
De la patria pospone,  
Y os lleva á combatir para oprimiros?  
Id, infelices, id; y cuando oponente  
La fuerza á la razón, al grande César  
Alzad estatuas, consagraid altares (12).  
¡Errores peculiares  
Del linaje mortal! La pompa activa,  
Bien que viciosa, á la virtud prefiere  
Tímida en su humildad. Si, menos viva  
La violencia en la escuela, no el sosiego  
Conturba de la patria; nunca espere  
Gloria presente el moderado sabio (13).  
Con la pluma ó el labio  
Fábulas labre, errores apadrine;  
Dispute, finja, incline  
La doctrina á la fama; al nombre y gloria,  
No á la verdad ó al pródigo ejercicio,  
Su saber encamine:  
Él será sabio en la moderna historia.  
¡Oh sociedad benigna! ¿por qué el vicio  
Adulteró insolente  
Tu puro nudo, tus enlaces santos?  
¿No bastan los quebrantos  
Que inquietan tu reposo en el tumulto,  
Sin que de sabios vanos  
Padezcas la inquietud? ¡Jamás prudente  
Verán los hombres al que agudo enseña

(11) La razón, no sólo asiente á los vicios, sino que hace pasar por virtudes los más perjudiciales.

(12) La tiranía canonizada.

(13) La idea de la sabiduría colocada en novedades vanas y apariencias místicas.

De la prudencia el sér? Mérito oculto  
Sin estímulo vive: así desdeña  
Un sabio hinchado el solitario empleo  
Del que en cuantas doctrinas atesora,  
Sólo al Dios busca que humillado adora.  
¡Ah! perzca el desseo  
Que la verdad á la ambición sujeta.  
Las leyes que decreta  
El Artífice eterno, ¿las sabremos?  
Sólo para ostentar que las sabemos?  
El niño apenas llora (1)  
La miseria á que nace, simplecillo,  
Ya bebe engaños que en su frente imprime;  
Sus pesadumbres gime,  
Y debiera gemir, si él lo alcanzara,  
Las que el civil comercio le prepara;  
Inocente, sencillito,  
La educación su inclinación oprime;  
Nació para ser hombre, y halla, en suma,  
Con dones eminentes,  
Que es hechura civil de sus parientes.  
Así no ya consuma  
Varon juicioso sus esfuerzos todos  
En hermanar con la virtud la ciencia  
Por sola su conciencia.  
La vanidad y el interés los modos  
Son que le circunscriben y limitan:  
Inútil viene al negocioso mundo  
Si, rústico Catón, Zenón profundo,  
No en ostentar se afana  
Virtud ostentada ó ciencia vana.  
Tú, mi Batilo, cuando ardientes gritan  
Las feroces escuelas, sosegado,  
En blanda paz bañado,  
De sus contiendas los motivos ríes,  
No es la verdad quien su coraje mueve.  
Permites que se cebe  
Enhorabuena en lóbregos sofismas  
La vanidad del desbocado sabio:  
En tanto tú con humildad te abismas  
En investigaciones misteriosas,  
A la vida y al juicio provechosas,  
Porque, ¿quién en el labio  
De las sectas recientes no percibe  
El hinchado resabio  
Del desseo, que á Empédocles buscada (2),  
Dió en el Etna, y bien digna, sepultura?  
Vive admirado, y descontento vive  
De la presente fama que le admira.  
Veneración futura,  
Debida á un Dios, á su vejez cansada,  
Que mortal le publica, sólo place:  
Del voraz fuego entrégase á la ira,  
En el cráter horrendo,  
Y por Dios pasar quiere pereciendo.  
Pues tanto satisface  
La gloria á los sofistas que le abonan;  
Ojalá, ó los sofismas moderáran,  
O ser como él gloriosos procuráran.  
Ahora obstinados el orgullo enconan,  
Y, peso impertinente de la tierra,  
De opiniones cubriéndola, la ofuscan,  
Y engañándola más, más gloria buscan.  
Indocto el que no yerra (3),  
Rudo el que al cielo su razón somete,  
Trofeo la verdad de torpes juicios,  
Cede á las agudezas de los vicios.  
Y en fin, ¿qué excelsos bienes nos promete  
La parlara doctrina  
Del jactancioso sabio? (4). Aquí declina  
La virtud en mil pechos, generosos  
Quizá si, menos simples, despreciáran  
Discursos engañosos.

(1) La niñez bebe en la educación las falsas ideas que se han ido propagando de mano en mano, y así el mundo se ve imposibilitado de mejorarse.

(2) La vanidad, objeto en todos los siglos de la profesión de la sabiduría.

(3) Los que conocen el verdadero uso de la sabiduría son despreciados por lo común.

(4) En ninguna cosa se conoce más la corrupción y ridiculez de la razón no bien dirigida, que en los sistemas de los sofistas.

Allí brutales al vivir preparan  
Desusados caminos,  
Por vivir en su patria peregrinos,  
Autorizada la razón viciosa,  
Oráculo servil de las pasiones,  
Todo lo emprende y osa:  
De partos monstruosos  
Hecha instrumento, lo que dictan ellas  
Vende por ricos dones:  
Nuevos mundos darás en las estrellas;  
Igualarás á los feroces brutos;  
Los santos atributos  
Del ánimo inmortal, los que penetran  
Las cóncavas esferas, y en su cima  
La posesión del Hacedor impetran,  
Verás que desestima  
Depravada razón, que eterna nace,  
Y con ser material se satisface.  
La que á tanto se anima,  
Y así su suerte próspera envilece,  
¿Qué autoridad, Batilo,  
Logrará en tu prudencia recatada?  
Tú adviertes trastornada  
Por ella, en opiniones que establece,  
La faz de la ancha tierra. Anciano estilo,  
Aprobado por doctos escarmientos,  
Descredito es del hombre. Altares, reyes,  
Dogmas, costumbres, leyes  
De nuevos pensamientos  
Nueva forma reciben.... Mas permite,  
Permite á su poder la gran reforma:  
Encomienda á un sofista el universo;  
Tú le verás en todo más perverso.  
¡Oh excelsa Providencia! quien compite (5)  
Contigo en la virtud que te engrandece,  
¿Cuánto de sus fatigas desmerece!  
Tu inexorable norma,  
Ley no caduca de infalible ciencia,  
¿Quién podrá comprenderla y admirarla,  
Cuanto más en sus obras reformarla?  
En el silencio de tu paso llevas  
Tras tí los entes que á tu arbitrio ríes,  
Destruyes y renuevas,  
La ambición del filósofo burlando,  
Que te sigue, aún tu fuerza averiguando,  
Sosegada diriges  
El obrar de las cosas, que atraídas  
A llenar tus decretos por tu mano,  
Desde el simple gusano  
Hasta el ángel que canta tus locres,  
Contentas con servirse te obedecen:  
Olvidan los rigores  
De tu inviolable ley sabios ociosos,  
Que en destruir tu autoridad trabajan  
Cuando á tanto relajan,  
Por su mal, los discursos animosos;  
De tí triunfan gozosos,  
Y míseros no advierten que su labio  
Sirve á tu disponer aún en tu agravio.  
Así en la tierra el movimiento sigue  
Del duplicado giro á que se entrega  
Astrónomo obstinado que le niega,  
Así cuando persigue  
La civil sociedad mente atrevida,  
Cumple en ella las leyes de la vida,  
Ignora adónde llega  
Su razón el mortal, y por subirla  
Se divierte ó se causa en deprimirla.  
De la naturaleza (6)  
Los impulsos abona  
El humano linaje; él, que á ella debe  
El sofisticado error con que razona.  
Tras esto, ¿quién se llega á la certeza  
De lo que oculta mueve  
En su ciego y confuso laberinto?

(5) Los sofistas no conocen que impugnan á la Providencia, porque ella misma lo permite, estando decretado así en los inexcrutables designios de Dios.

(6) La naturaleza humana, guiada por la razón, ha caído en mil errores; y con todo eso, hay sofistas que ponen nuestra felicidad en seguir los impulsos naturales.

Lejana antorcha en tenebrosa cumbre (1)  
 Al caminante que la senda pierde,  
 Sólo el círculo muestra que ilumina;  
 Su brillo, aunque distinto,  
 No la senda le enseña: tal la lumbre  
 De su naturaleza á los mortales  
 En su camino guía:  
 De sí solo ver deja las señales;  
 Mas no hace clara la perdida vía.  
 ¡Será tiempo que acuerde  
 De su letargo la engañada turba  
 Qué hacia su fin camina?  
 ¡Oh, cuánto los conturba,  
 Cuánto pagan la gloria de su ciencia!  
 Al fin del ser humano caminando,  
 Por adalid llevando la conciencia,  
 Búscanle, se extravían,  
 Lejana luz les da naturaleza (2);  
 Mas, dividido el bando,  
 Como ella no le aclara,  
 Más del cierto camino se desvían:  
 Este cae, tropieza  
 Aquél, vacila el otro, en la maraña  
 De espeso bosque el otro se confunde,  
 Le inquiere, le rodea,  
 Sin hallar la salida que desea,  
 Y más y más en confusion se hunde.  
 ¡Oh ceguedad extraña  
 De ridículos juicios,  
 Buscar á tanta costa precipicios!  
 ¡Ah! neguemos, neguemos  
 Una vez al amor que nos engaña  
 La inclinacion oculta  
 Que el paso á la verdad nos dificulta,  
 De frágiles extremos  
 Huya resuelta la razon, y el hombre (3)  
 Restituya al asiento que la mente  
 Del Criador le dispuso,  
 De angusta majestad y preeminente,  
 Si en lastimeros males nos sepulta  
 De la vida el abuso,  
 Y máquinas civiles, limitamos  
 El espíritu noble  
 Cuando á arbitrarios usos le aplicamos,  
 Libre levante la razon su vuelo,  
 Y de humanas prisiones desatada,  
 Desde el infimo suelo  
 Hasta la alta region do, rodeada  
 De luz inagotable que despide,  
 La eterna potestad el mundo mueve.  
 Desde el glorioso trono en que reside,  
 Del universo todo (4)  
 El consorcio visite, y de sus partes  
 El destino contemple, el uso, el modo;  
 Las portentosas artes  
 Con que á un nudo reduce  
 Indisoluble, entero,  
 El Criador las criaturas que produce;  
 De causas y de efectos sucesivos  
 La alternacion perene,  
 Y el siempre duradero  
 Progreso que las ata y encadena;  
 La mano omnipotente que en sí tiene  
 De la gran trabazon el solo extremo,  
 Que sola rige con poder supremo.  
 De gozo entónces llena,  
 Conocerá el destino de sus dones,  
 En la naturaleza  
 Verá el poder de Dios, á cuyas obras,  
 Sujetas á un prescrito movimiento,  
 Aquel nombre se aplica (5). Y la grandeza  
 De su ser ya alcanzando,

(1) Estado actual de nuestra naturaleza, semejante á una antorcha que luce de noche en un monte.

(2) No de otra causa han nacido los muchos sistemas de moral; porque, si nuestra naturaleza nos supiera guiar, no habria diversidad de opiniones en lo que pertenece á ella.

(3) La razon debe procurar restituir al hombre á su verdadero estado.

(4) Para hallar este estado debe examinar el mundo.

(5) Y examinándole, hallará que no pertenece á él.

Hallará que el humano entendimiento,  
 A diverso progreso sometido,  
 No es eslabon del orbe en que ha nacido.  
 De inmensas producciones,  
 Efecto de perpétua Omnipotencia,  
 Convidado, ceñido,  
 Entre ellas peregrino se detiene  
 El tiempo que hasta el término conviene,  
 Tal en la contingencia  
 Del inconstante mar quien se avecina  
 A las rojas entrañas del Oriente,  
 No es parte de la nave en que camina,  
 Por más que el ceño de las olas siente.  
 Tal habita presente  
 (Si es lícito del Ente soberano  
 A la de un triste humano  
 Trasladar la existencia) en todo el orbe  
 El Señor que le rige y le recrea,  
 Sin que miembro del orbe ó parte sea.  
 ¡Qué importa que le estorbe (6)  
 La material union que le encarcela  
 El suelto raptó adonde ardiente anhela,  
 Si libre y poderoso  
 Puede hacerse con ella venturoso!  
 Mérito es nuestra vida,  
 O acusacion eterna: á este fin goza  
 El hombre en cuanto abarca el universo (7)  
 Orden suyo y diverso,  
 Desatado del Todo que le ciñe.  
 Si llora, si solloza,  
 Si de males, le aflige, combatida  
 Ver su parte caduca, deje el nombre:  
 Los padece cual bruto, no cual hombre.  
 ¡Ignorante! constríne  
 Su ser en breve limite, pegado  
 Al trabajo mortal que le acobarda,  
 Negado al bien eterno que le aguarda.  
 ¡Oh! ya desengañado,  
 De su gran dignidad el eminente  
 Término reconozca; y cuando sólo  
 Procede en cuanto abrazan  
 Este y el otro polo,  
 No quebrante los pródigos confines,  
 Y al círculo se abrevie de sus fines.  
 Leyes que le embarazan (8),  
 Grillos son que le honoran y engrandecen,  
 Los árboles que crecen,  
 Los brutos que caminan y perciben,  
 Los astros que no viven,  
 Mas con vida exterior que representan,  
 Al tiempo los períodos le cuentan,  
 Con paso igual é irrevocable modo  
 Se enderezan al orden del gran Todo,  
 Constantemente estables:  
 Las leyes de su fin nunca traspasan.  
 El orden de tu espíritu, Batilo,  
 No á componer el Todo destinado,  
 Pero á fines más altos y durables,  
 Leyes tiene tambien que á ellos le guían (9).  
 Si de ellas se desvían  
 Apocados espíritus, que turban (10)  
 El orden de su esencia, no por eso  
 La ordenacion universal perturban,  
 Constante en su progreso:  
 Argumento eficaz que te demuestra  
 Que ignora el orbe la existencia nuestra.  
 Yerran, yerran sin duda  
 Los que cuando su espíritu examinan,  
 Del gran Todo una parte  
 Consideran en él. En vano suda  
 En conformar su estado

(6) El hombre tiene cuerpo para poder vivir en la tierra; si ésta es miseria, se recompensa con que con ella puede hacerse eternamente feliz.

(7) Y hé aquí por qué el hombre tiene un orden peculiar suyo; un orden que le proporcione esta felicidad eterna.

(8) Este orden consiste en las leyes de nuestra racionalidad.

(9) Y es preciso que haya estas leyes, porque sin ellas no habria orden.

(10) Las obras repugnantes de los hombres no turban el orden del universo: prueba cierta de que su parte racional no pertenece á este orden.

Con las leyes que el mundo determina (1),  
 El que no para el mundo fué creado.  
 ¡Pretendes sujetarte  
 A la intencion de Dios? Entra en tí mismo:  
 Abandona el abismo  
 Del orden exterior, y su belleza  
 Solamente admirando,  
 Cumple tu peculiar naturaleza.  
 Tu juicio, acreditando  
 Su vigor generoso,  
 A la sencilla voluntad unido,  
 En recíproca union (2) dará á la vida  
 La senda que conviene á su reposo.  
 Ventura ya perdida,  
 Primera creación, benigno origen  
 Del estado del hombre (3), ¡dónde ahora  
 Te hallarán las que afligen  
 Misericordia á los tímidos mortales,  
 Asiento ya forzoso de mil males?  
 ¡Adónde tu paz mora,  
 Tu apacible salud, aquel sosiego  
 De la simple pureza que infuías?  
 ¡Oh no gozados dias!  
 ¡Oh teatro del mundo, convertido,  
 De morada benigna,  
 En calabozo crudo y abatido!  
 Inclinacion maligna,  
 Libertad temeraria, juicio insano,  
 Entendimiento ciego,  
 ¡A cuánta confusion nos entregásteis  
 Cuando el orden primero abandonásteis!  
 Entónces el humano  
 Linaje (4), á los decretos obediente  
 Que estudiaba en su frente  
 Sin largo meditar, puro duraba,  
 Y no en perfeccionarse se cansaba.  
 El nombre de virtud en sus acciones  
 Desconocido era (5),  
 No ménos que en la blanda primavera  
 Ardiente flor ignora  
 Si es virtud el color con que enamora:  
 Falto de imperfecciones,  
 La virtud en su obrar no fué excelencia (6),  
 Mas sólo un conformarse con su esencia,  
 En estado tranquilo,  
 Sin alterar su ser, cual van los entes  
 Sensibles ó vivientes,  
 De la razon se acomodaba al mando,  
 A su fin detras de ella caminando.  
 Díosela Dios por regla é instrumento  
 De su felicidad (7); y porque atento  
 La perfeccion más fácil mantuviera  
 De su orden singular, del santo cielo  
 Le indicó los secretos (8), é inclinado  
 Le formó á que el desvelo  
 De aspirar á la patria en él mandára.  
 Tras esto en nudo justo  
 De libre sociedad, que conformára  
 En un sólo querer los hombres todos,  
 Ató las diferentes voluntades (9)  
 Sin reyes, sin edictos, sin ciudades,  
 Sin el imperio adusto  
 De potestad á la injusticia expuesta,  
 A las gentes funesta  
 Tal vez más que benéfica tutora.  
 Así las intenciones  
 Conviene entre sí, nadie oprimía  
 Por el bien de que nadie carecía.

(1) O, lo que es lo mismo, las leyes de la racionalidad no tienen nada que ver con las del universo.

(2) Y de ahí proviene el que haya en el hombre una facultad de elegir; esto es, la voluntad.

(3) El hombre no está en su verdadero estado.

(4) Verdadero estado para que nació el hombre.

(5) No se conocía el nombre de virtud, porque no habia vicios.

(6) No era mérito la virtud, sino vivir segun su ser.

(7) Concedióse al hombre la razon como instrumento de su felicidad.

(8) Y porque supiese cuál era esta felicidad, le inspiró Dios la idea de la religion.

(9) Para que pudiesen ejercitar la razon y la religion, hizo Dios á los hombres sociales.

¡Oh! cuánto, cuánto llora  
 Quien sabe meditar, los altos dones  
 Que en pérdida fatal desperdiciaron  
 Los que nuestra miseria ocasionaron.  
 Los ojos á las gentes (10)  
 Volvamos, oh Batilo, que hoy se afligen  
 En la circunferencia de la tierra,  
 En climas diferentes  
 Lamentará tu llanto (11)  
 Ver castigos atroces que corrigen  
 La maldad nunca bien escarmentada.  
 Si en templos infinitos (12),  
 Que la piedad levanta depravada,  
 Con temeroso y santo  
 Respeto á los altares te avecinas,  
 De ámbares exquisitos,  
 Arabes gomas y fragantes humos  
 Regalado verás el simulacro  
 De una sierpe, de un vil facineroso,  
 O de un númer quimérico, asqueroso.  
 Perfecciones divinas,  
 Verdad del solo Dios omnipotente  
 Que reside presente (13)  
 En cuanto el rayo del autor del dia  
 Ilustra, si no dora;  
 En cuanto vaga en el inmenso espacio  
 A humana comprension no permitido,  
 Y la region del universo honora;  
 ¡Adónde se desvía  
 Vuestra presencia, que, presente en todo,  
 Se oculta á mil naciones que en su mano,  
 Que en sí llevan el Ente soberano?  
 ¿Razon un Dios á su criatura diera  
 Para que conocerle no pudiera?  
 ¿Y á qué inclinado á le adorar crearle,  
 Si de sí la noticia ha de negarme?  
 No tal error, no, al cielo le atribuyas  
 Por disculpar imperfecciones tuyas (14),  
 Delitos de tu mente,  
 Y de la libertad que tuya era,  
 Si de la verdadera  
 Noticia de su númer los mortales  
 Carecen, más decente  
 Es achacarlo á la flaqueza mia  
 Que á una inmensa inmortal Sabiduría.  
 Mi ignorancia, mis males,  
 De mí y mis semejantes procedieron:  
 Ellos las leyes de su Autor rompieron,  
 Rebeldeamente osados.  
 Y dime: desatados  
 Los afectos brutales en el pecho (15),  
 Derrotado, deshecho  
 De la razon por ellos el dominio,  
 ¿Qué pudo dar de sí tal exterminio?  
 ¿Qué fuera si al estrecho  
 De vivir siempre súbditos serviles (16)  
 De bestiales pasiones  
 Un justo Criador nos redujera,  
 Ya que adoptó su furia lisonjera  
 La humana sinrazon á su albedrío?  
 Mas, ¡oh inefable, oh pio  
 Efecto de bondad; y oh sinrazones  
 Continuas del mortal terco é ingrato!  
 Apenas el mal trato  
 Ve el Criador, y mortíferas señales  
 De los ya embrutecidos racionales:  
 Discordias (17), muertes, guerras,  
 Labrar murallas, inventar en tierras  
 Dominios exclusivos,  
 Vivir para hacer presa de los vivos,

(10) Su estado actual.

(11) Delitos.

(12) Supersticiones.

(13) ¿En qué consiste que los hombres, estando Dios presente en todo, teniendo en sí mismos, no le conocen? ¡Efecto miserable de nuestra depravacion!

(14) No debemos imputar á Dios nuestra decadencia, sino á nuestra libertad.

(15) Y á nuestras pasiones.

(16) Debemos agradecer á Dios que no nos haya dejado entregados siempre á la maldad furiosa.

(17) Efectos con que empezó á dejarse ver la depravacion.

Á viles servidumbres  
El hierro sujetar á los que iguales  
Nacieron para el uso de las cosas,  
De perversas costumbres  
Hacer gala, achacosas  
Las luces del sagaz entendimiento  
Desconocer su Dios, el fundamento  
Y fin que dió ocasion á su existencia  
Entónces la clemencia  
De su Autor desplegó con valentia  
El cuidado que un yil no merecia.  
Primero su influencia  
Inspiró la razon de los imperios (1),  
Civiles ministerios  
Por quien una caterva moderada (2)  
Viviese en sociedad modificada.  
Ánimos superiores  
Á la tierra envió, que congregando  
Las tropas divididas,  
Con robusta elocuencia al seno blando  
De la union sus discordias atrajeran,  
A las, ó ya borradas, ó tenidas  
En poco ó nada naturales leyes,  
Autorizando reyes,  
Substituyó decretos positivos,  
Que expuestos á la vista, más activos  
Su observancia imprimieran;  
Y por este camino,  
Cual suele en todo su saber divino,  
De entre el desórden mismo un órden nuevo  
Dedujo á la malicia conveniente  
Que por toda la tierra dominaba,  
Y si en esto mostraba  
Majestuosamente  
Aquella singular beneficencia  
Con que atiende de un modo  
Al ángel y al insecto imperceptible,  
¡Qué voz (bien ya su Febo,  
En cítara sonante cuerdas de oro  
Hiriendo heroicamente,  
Nos ofrezca la Grecia fabulosa,  
Cantando en el Olimpo al sacro coro  
De dioses á su acento suspendidos)  
Enérgica la ciencia (3),  
Dirá inmensa, amorosa,  
Con que de sí noticia á los mortales (4)  
Tornó á dar, convertidos  
A torpe adoracion, sucia y nefanda?  
El hombre se desmanda  
Y á cultos desiguales  
Sus súplicas renuerce; desfigura  
De su fin y ventura el instrumento;  
Y entónces, á el atento  
No ménos que en su origen, Dios apura  
Pródigo su bondad, y del profundo  
Le saca de su yerro voluntario,  
Y le guia al celeste santuario  
Por no equivoca senda.  
¡Qué rebelde, qué inundo  
Sofista aquí relajará la rienda  
A su inicua razon, y cuando nota  
La certeza de Dios casi extrañada  
Del orbe de la tierra, enferma ó rota  
La santa inclinacion al culto cierto,  
¡Osará reprobar que un Dios benigno  
El culto de sí digno  
Repita y le declare, cual conviene  
Al que para adorarle al mundo viene!  
Su mismo desacerto  
De tormento les sirva, y desatados  
Vivan (5), bien lo merecen, de las santas  
Leyes que no á sofistas se destinan.  
Cuando pertinazmente desatinan.  
Tú si en tanto, Batilo, los callados  
Designios de tu Dios atento observas  
En el retiro de tu pecho,

(1) Primer remedio que aplicó Dios á nuestra depravacion.

(2) Las sociedades civiles, ó estados.

(3) Segundo remedio.

(4) La revelacion.

(5) Los sofistas, que combaten una y otra institucion, tienen bastante castigo con no vivir sujetos á ellas.

Y el ánimo levantas  
A agradecer los modos inefables  
Con que la Providencia á sí te llama,  
Ardiente del estrecho  
Sal de las siempre acerbas  
Clausuras con que el hombre se disfama,  
Limitando á invenciones execrables  
Los estados que hoy goza en su destino,  
Constante en tu camino (6),  
Al imperio obediente,  
Al cielo reverente,  
De impiedad y de vicios  
Exento; á los prescritos sacrificios  
Del cielo y de la patria no con lento  
Paso acudiendo siempre, quizá hambriento  
Vivirás; mas sin tales atributos  
No esperes ser más bueno que los brutos.

**CARTA DE DON JUAN PABLO FORNER,**  
ABOGADO DE LOS REALES CONSEJOS, Á DON IGNACIO LOPEZ DE AYALA, CATEDRÁTICO DE POESÍA EN EL COLEGIO DE SAN ISIDRO DE ESTA CORTE; SOBRE HABERLE DESAPROBADO SU DRAMA INTITULADO LA CAUTIVA ESPAÑOLA. AÑO DE 1784 (7).

Muy señor mio: La franca y sincera declaracion que me hizo Vd. sobre el mérito de mi *Cautiva*, hallándola no digna del teatro español, esto es, del teatro donde se consienten los delirios de Pedro Bayalarde y las sandeces de Marta la Romorantina; y la feroz censura que Vd. ha dado de ella, de la que he tenido la fortuna de lograr una copia, me ha puesto en ganas de comunicarle unas cuantas reflexiones que se me han ocurrido en el asunto. Mi genio peca un poco por lo resuelto en materia de verdad literaria. Vd. perdonará esta libertad á un hombre que entró en la carrera de las letras con el designio de ser útil á ellas, y no de que ellas le sean útiles. Mi nacion no perderá quizá porque mantenga en su seno un literato veraz, y suelto de todo interes: éste es el modo de ocasionar en los abusos una correccion saludable. La condescendencia es un síntoma mortal para la literatura. Vamos al asunto, y antes de entrar en la censura de Vd., permítame hacer las siguientes reflexiones.

¿En qué estado se halla hoy el teatro español? Confesémoslo de buena fe, y no nos engañemos. Si quiere darse nombre de dramas regulares á un amontonamiento de indecencias inverosímiles, de lances caballerescos, de oráculos disparatados, de razonamientos sofisticos, de máquinas absurdas, es indisputable que nuestro teatro es el mejor de toda la Europa: ninguno podrá oponernos mayor número de dramas de esta especie. Pero, ¿son éstas las más conformes á la razon? Vd., que enseña poética, podrá y sabrá decidirlo.

Nuestros poetas dramáticos fueron en la mayor parte genios agudísimos y extraordinarios; no hay duda. Pero, ¿qué culpa tenemos los que hoy vivimos de que estos genios extraordinarios escribiesen delirios, ó por culpa del siglo, ó por falta de estudio? A grandes voces se está publicando que nuestro teatro necesita de correccion. Yo intento hacerla en la parte que puedo; presento un drama, si no del todo bueno, algo mejor que

(6) El que quiera hoy vivir racionalmente, debe acomodarse á la pureza de estas instituciones, desprendiéndose de los abusos que se han introducido en una y otra.

(7) Como curiosidad literaria de la época, no indiferente para la historia del teatro español, publicamos esta carta, dirigida al célebre autor de la *Numancia destruida*. La hemos hallado entre los papeles de FORNER.

muchos de los que se representan, y Vd. me lo reprueba. Buen modo de dar á entender á M. Masson de Morvilliers (1) que procuramos nuestros adelantamientos.

El *Caton* de Addison tiene defectos harto visibles, pero no cayó en ninguna de las extravagancias de Shakspeare. ¿Qué diríamos de los ingleses si no hubieran permitido la representacion de aquella tragedia, por el motivo que tiene algunos defectos? Diríamos, y con razon, que eran amantes de su barbarie; excuso la aplicacion: Vd., que enseña poética, podrá hacerla.

El *Cid*, de Corneille, es un drama bien defectuoso en muchas partes; y esto lo conocen los mismos franceses, por muy celosos que sean de las glorias de su teatro. Demos que Corneille hubiera sido español, y corrigiendo las muchas impropiedades de Guillen de Castro, hubiera intentado hacer representar su drama en Madrid. Por la regla censoria de vuestra merced, el *Cid*, de Corneille, por tener defectos, debería quedar excluido; y Guillen de Castro, que los tiene mucho mayores y más visibles, debería quedar triunfando en la escena. ¡Oh qué modo tan lindo de mirar por nuestros progresos!

Aunque Vd. cree que su *Numancia* es un drama admirable, yo creo, y otros conmigo, que no es más que un cúmulo de diálogos sangrientos sobre la ruina de una ciudad. Allí no hay héroe, si no es que lo sean los muros de Numancia. El episodio impertinente de Olvia es una ridícula imitacion de la *Clorinda* del Tasso, que en la *Jerusalen* viene que ni pintado, pero en una tragedia hace un efecto malísimo. La comparacion de Mancino es un incidente que no debiera representarse: bastaba referirlo, cuando se quisiera hacer uso de él, sin cargar la fábula: aquella persona es extraña á la accion: la escena de Megara y el niño, en una ocasion tan turbulenta y feroz, es impropísima; muy semejante á la flemma que gastan unos asesinos en cierta tragedia, en sumo grado inverosímil, en lances tan atropellados. La *Numancia*, con todo eso, se representó; y Vd. tuviera mucha razon de quejarse á habérselo impedido; porque, al fin, si no es drama del todo bueno, es algo mejor que los *Siete Durmientes* y los *Doce Pares de Francia*.

Querer que la correccion del teatro empiece por dramas del todo excelentes, es querer que nunca se verifique la correccion. Corneille, el gran Corneille, el padre del teatro frances, escribió más escenas buenas que tragedias buenas. Abrió el camino á Racine, que perfeccionó lo que empezó el otro.

No há mucho que se representó una comedia disparatada de Moncin, en que un ejército de roncalesas salían á caballo en yeguas, en són de mogiganga, para urdir á los moros una estratagemá obscenamente ridícula y estafalaria (2). Mayor conjunto de delirios no le he visto en mi vida. Mi *Cautiva* está ceñida á una accion, á un lugar, á doce horas, sin delirios, sin absurdos, sin mogigangas. ¡Vd. tal vez fué el aprobante de las *Montañesas*, y ha sido el reprobante de la *Cautiva*! ¡Cosa que muestra ciertamente una imparcialidad! Pero si acaso Vd. no fué el aprobador de aquellos delirios, ¿por qué ha de ser el reprobador de la regularidad, y no permite siquiera oponer algo bueno á lo absolutamente malo?

¿Quién se atreverá á intentar la correccion del teatro en España, si por algunos defectos se ha de embara-

(1) Poeta y geógrafo francés del siglo XVIII. Escribió un *Tratado de geografía de España y Portugal*. (Nota del Colector.)

(2) Alude á la comedia titulada *El triunfo de las Roncalesas*. (I. 1. 1.)

zar la representacion de lo que es mejor que lo que comunmente se representa! Triunfe, pues, Moncin; triunfe la extravagancia; triunfe la asquerosa costumbre de repetir en la escena nuestras antiguas impropiedades, ó de dar traducciones todavía más hediondas; y no se eche la culpa de que esto triunfe á los buenos ingenios de España, sino á la malignidad de los que censuran.

Vd. tiene por un gran drama á los *Menestrales*, y yo, y otros muchos, le tenemos por unos razonamientos didácticos, en que la instruccion se da en discursos morales á los escolásticos, contra la ley fundamental de los poemas activos. Tal vez habrá algunos que á este tenor tendrán por buena mi *Cautiva*, aunque Vd. la tenga por mala. Pero, con todo esto, esta diversidad de opinar no debe servir de estorbo para poner los dramas arreglados sobre el teatro. Si así fuera, jamas se representaria drama ninguno. Los censores de España se toman hoy más derecho del que les pertenece. Por fuerza hemos de pensar todos como ellos piensan. Cada censor se cree con facultad para reprobar cosas que él tal vez no es capaz de hacer, porque no se compadecen con su antojo ó particular gusto. Si da en durar este despotismo censorio, los extranjeros tendrán sobradísima razon para decir que acá no se permite pensar. Con que, porque á Vd. se le antoje llamar sermones á los razonamientos apasionados de mi *Cautiva*, ¿no ha de ser digna de representarse? Con que, porque Vd. halle inverosímil una de las cosas que se ven más comunmente en el mundo, esto es, que un viejo se enamore furiosamente de una jóven, ¿ha de quedar excluida del teatro mi pobre *Isabela*? Hablemos claro, señor censor público: ¿Vd. censuró con el entendimiento ó con la voluntad? La obligacion de Vd. está ceñida á las reglas fundamentales: en saliendo de aquí, censura ya, no por el arte, sino por su gusto; y yo, así Dios me ayude, no creo más en su gusto que en el Alcorán.

¿Cuáles son las reglas fundamentales? Las unidades, la verosimilitud, el decoro, los caracteres, las costumbres, la diction; lo demas, señor censor, pende del arbitrio ó gusto de cada uno.

Las unidades son visibles en mi *Cautiva*. Vd. me dijo boca á boca que no es verosímil que un viejo renegado obligue á renegar á un mancebo que tiene en su poder, para imposibilitarle el amor de *Isabela*, y hacerla él suya. Pero ¿es esto algun prodigio? ¿Es algun vuelo de Vayalarde, algun puñal fatídico del Tetarca de Jerusalem, ó la muerte de Olvia, ejecutada con las circunstancias más repugnantes que pudieran imaginarse? ¿Las fuerzas del amor no llegan mucho más allá? Fuera de esto, si aquel apoyo, digámoslo así, da ocasion á una variedad de escenas vivas, al juego de la fábula, al contraste de las pasiones, y lo que es mucho más, á manifestar hasta qué especie de perversidades se entrega un hombre que abandona una religion santa (que es la moral íntima de mi accion), ¿por qué no se ha de tratar con benignidad aquella particilla defectuosa, en beneficio y mayor perfeccion del todo, caso que realmente hubiera defecto? ¡Bueno, á fe! Reparar en esto cuando diariamente estamos viendo, en los teatros, bufones en conversaciones bestiales con los reyes; chocarros enfriando las escenas más vehementes y vivas; batallas campales en cuatro palmos de tierra; viajes de dos mil leguas hechos en ménos de dos minutos; hablarse á gritos dos amantes sin conocerse, sólo porque están á oscuras, siendo así que entónces se debian conocer mejor; y qué sé yo qué otra infinidad de impertinencias que se están consintiendo, con vergüen-